

envía mil rublos mensuales, porque nos adora. De qué sirven esos capitanes que no tienen dinero, como hay muchos?...

—Voy á cerrar la puerta,—interrumpió la joven.

Vanucha se llevó el vino; declaró luego á Olenín, en mal francés, que la muchacha aquella era muy gentil, y salió inmediatamente riéndose como un tonto.



### XIII

#### Los amores de Lukachka

**A**CABABA de sonar la retreta en la plaza. El pueblo volvía del trabajo. Hacia las puertas de los corrales los rebaños bajaban corriendo entre una densa nube de polvo dorado. Jóvenes y mujeres corrían por calles y corrales para recoger las bestias. El sol había desaparecido por completo tras los lejanos montes de nieve. Solamente una ráfaga azul se extendía entre tierra y cielo. En la sombra, apenas visibles, se percibían las estrellas, y el ruido se amortiguaba poco á poco en la *stanitza*. Después de terminada su tarea con los animales, las mujeres salían á la calle y sentadas sobre el terraplén mascaban granos de girasol. Marianka, después de dar el pienso á dos vacas y una búfala, se unió á uno de los grupos.

Componíanlo mujeres jóvenes y viejas y un cosaco anciano.

Hablaban del abrek muerto. El cosaco narraba la hazaña y las mujeres le hacían preguntas.

—Temo que nó le den gran recompensa,—dijo el cosaco.

—Seguramente, porque, según dicen, sólo le darán una condecoración.

—Mocev ha sido injusto con él, tomándole el fusil; pero ya lo saben las autoridades de Kizliar y seguramente le costará muy caro.



—Qué canalla es ese hombre!

—Aseguran que ha vuelto ya Lukachka,—dijo una joven.

—Está en casa de Iamka, una cosaca vieja y de muy malas costumbres, que tenía una taberna; está de juerga con Nazarka. Dicen que ya se han bebido medio cántaro.

—Qué suerte tiene ese *Urván!*—dijo una.—Es un *Urván* con toda la barba. Qué digo? un buen mozo y muy listo; como su padre. Cuando mataron á éste toda la *stanitza* le lloró. Ahí vienen,—añadió designando á los cosacos que aparecían por el otro lado de la calle.—Erguchov va con ellos. Vaya un borrachín!

Lukachka, Nazarka y Erguchov, después de haber bebido medio jarro, se dirigían al grupo de muchachas. Los tres, sobre todo el viejo cosaco, estaban más colorados que de costumbre. Erguchov se tambaleaba y á cada paso empujaba á Nazarka prrumpiendo en estrépitosas carcajadas.

—Por qué no entonáis alguna canción?—dijo á las jóvenes.—Quiero que cantéis en nuestro honor.

—Buenos días, cómo estáis?—preguntábanles á ellos.

—Por qué cantar? Acaso estamos de fiesta?—dijo una mujer. Tú que has empinado, canta.

Erguchov se echó á reír y empujó á Nazarka.

—Entona tú, que yo ya cantaré. Te aseguro que me doy maña.

—Pero, qué es eso, hermosas, estáis dormidas?—dijo Nazarka.

—Hemos venido del cordón para divertirnos y aquí estamos. Todo sea por Lukachka!...

Lukachka, acercándose al grupo nuevamente, quitóse el gorro y se paró delante de las jóvenes. Sus pómulos y cuello estaban rojos; permanecía en pie y hablaba muy quedo, con mucha dulzura; pero en su lentitud y mesurado movimiento había más animación, más fuerza que en la agitación y charlatanería de Nazarka. Podía comparársele con el caballo brioso que, relinchando y con la cola al aire, se encabrita y quédase como clavado en el suelo. Lukachka estaba allí, tranquilo ante la alegría de las muchachas; sus ojos reían, hablaba poco y seguía indistintamente los movimientos de sus compañeros embriagados ó de las jóvenes que le rodeaban. Cuando llegó Marianka se descubrió con un movimiento regular y sin alterarse, retrocedió un poco, y se paró ante ella cruzando las piernas mientras con la mano se cogía el cinturón y jugaba descuidadamente con el puñal. Como respuesta á su saludo, Marianka inclinó lentamente la cabeza y sentándose en el banco de tierra sacó un puñado de girasol de la faltriquera de la camisa y empezó á comerlos. Lukachka, sin alterarse, miró á Marianka llevándose á

la boca algunas pepitas y escupiendo la cascarilla. A la llegada de la joven todos callaron.

—Y qué, venís para mucho tiempo?—preguntó una cosaca para romper el silencio.

—Hasta mañana temprano—respondió Lukachka con gravedad.

—Pues que Dios os proteja,—repuso la vieja—estoy muy satisfecha de tu suerte, ahora lo decía.

—Y yo también—repitió el borracho Erguchov, soltando una risotada.—Cuántos invitados!—añadió señalando á los soldados que pasaban.—Me gusta mucho el licor de este pueblo! es muy bueno!

—Me han enviado tres demonios de esos que se alojan en la *stanitza*—dijo una de las cosacas.—El abuelo se ha quejado en la cancillería, pero dicen que no se puede evitar.

—Pues qué, traen acaso alguna desgracia?—preguntó Erguchov.

—Apestan la casa con su tabaco, no es cierto?—preguntó otra mujer.—Si fumasen en el patio, perfectamente; pero en la habitación no lo permitiremos. Aunque fuese el mismísimo jefe en persona. Además, todavía nos roban. El... el hijo del demonio, el jefe, no se aloja en su casa?

—Tú no quieres á los soldados?—interrumpió Erguchov.

—Y aun se dice que ha ordenado á las jóvenes que les hagan la cama y les obsequien con miel y vino,—dijo Nazarka cruzando las piernas como Lukachka y echándose, como él, el gorro á la nuca.

Erguchov soltó una carcajada y cogiendo á una muchacha que estaba á su lado, la abrazó.—Así es!—exclamó.

—Déjame, pegajoso!—gritó la joven.—Se lo diré á tu mujer.

—Si quieres, puedes hacerlo—dijo Erguchov.—Nazarka tiene razón; está escrito en la ordenanza y él la ha leído. Es cierto.—Y abrazó á la muchacha que seguía á la que acababa de dejar.

—Sin vergüenza!... Canalla!...—dijo riendo Ustenka, una joven de cara redonda y fresca, amenazándole con la mano y empujándole.

El cosaco dió un traspíe.

—Dicen que las mujeres no quieren guerra, pero ésta á poco más me mata.

—Quita allá, pegajoso! El demonio te ha debido traer del cordón,—añadió Ustenka volviendo la cara para echarse nuevamente á reír.—Por qué no ha tropezado contigo el abrek? Si murieses poco se perdería.

—Bien que le hubieras llorado, eh?—dijo Nazarka.

—Cómo no tuviese otras lágrimas que las mías!...



—Dice que no! Ya lo creo que lo sentiría, verdad Nazarka?—  
repuso Erguchov.

Lukachka, silencioso, no quitaba los ojos de Marianka, aunque su actitud parecía molestar á la joven.

—Qué dicen, Marianka, que el jefe se hospeda en tu casa?—  
le preguntó.

Según costumbre, Marianka no contestó inmediatamente, sino que antes miró á su interlocutor. Lukachka sonreía tristemente, como si en aquel momento pasase algo extraordinario entre los dos, independiente de la conversación iniciada.

—Sí, y á ellos no les molesta tanto, porque como tienen dos cabañas...—respondió, adelantándose á Marianka, una vieja del corro.—Pero en casa de Fomuchkin también hay alojado un jefe y con sus maletas ocupa todas las habitaciones; ahora la familia no sabe dónde meterse. Cuándo se ha visto cosa semejante? Toda la *stanitza* se halla invadida por esa horda militar. Qué diablo vienen hacer á este pueblo?

—Creo que van á construir un puente sobre el Terek,—repuso una muchacha.

—Y, según me han dicho, vienen á abrir una fosa para enterrar dentro á todas las mozas que desprecian á los jóvenes—dijo Nazarka aproximándose á Ustenka. Y nuevamente hizo su movimiento favorito excitando la risa de todos los concurrentes. Erguchov abrazó á una vieja que estaba al lado de Marianka, saltando el turno que á ésta correspondía.

—Y por qué no abrazas á Marianka? Debías seguir por orden,—dijo Nazarka.

—No, porque las viejas son más dulces,—gritó el cosaco lanzándose en brazos de otra mujer avanzada en años, que comenzó á zarandearle.

—Qué me ahogo!—exclamó riendo.

Rumor de pasos cadenciosos que se oían al otro lado de la calle, interrumpió la conversación. Tres soldados con capote y el fusil al hombro, andaban al paso para ir á relevar al centinela que guardaba la caja de la compañía. El cabo, vestido de caballero antiguo, mirando despreciativamente á los cosacos, guiaba la guardia de tal manera, que Lukachka y Nazarka, que estaban á un lado de la calle, hubieron de apartarse para dejarles paso.

Lukachka, viendo que atropellaban al vecindario, dijo, dirigiéndose á los soldados:

—No veis que hay gente? dad la vuelta.

Los soldados pasaron sin responder, continuando la marcha por el enlodado camino.

Marianka se echó á reír y con ella todos los demás, como movidos por un resorte, prorrumpieron en carcajadas.

—Qué elegantes!—dijo Nazarka.—Parecen clérigos en traje pluvial—y siguió un rato tras ellos insultándolos, mientras los del grupo continuaban con chistes y risotadas.

Lukachka se aproximó á Marianka con cierta timidez.

—Qué habitación ocupa el jefe en tu casa?—le preguntó.

—Le hemos cedido la cabaña nueva.

—Es viejo ó joven?—repuso Lukachka.

—Acaso se lo he preguntado?—dijo la muchacha,—fui á la bodega á buscar vino para él y ví por la ventana á un hombre... como cualquier otro, que estaba sentado junto al viejo Erochka. Equipaje sí que han traído un carro lleno.

Marianka bajó la vista, quedando sumida en extraña meditación.

—Qué contento estoy de haber abandonado el cordón!—arguyó Lukachka poniéndose casi encima de la joven y mirándola con pasión, como si pretendiera devorarla.

—Vienes para mucho tiempo?—preguntó Marianka sonriendo.

—Hasta mañana á primera hora del día. Dame pepitas,—añadió tendiéndole la mano.

Marianka sonrió nuevamente y abrió el cuello de su camisa.

—No las cojas todas,—dijo.

—En verdad que me aburría sin tí. El tiempo se me hacía largo—murmuró en voz baja Lukachka y metió la mano en la faltriquera de la joven, la estrechó entre sus brazos y le dijo algunas palabras al oído mientras su cara demostraba gran satisfacción y contento.

—Me iré, está dicho!—exclamó Marianka con voz solemne, mientras bruscamente se alejaba del cosaco.

—De veras?... Aun he de decirte más, por el nombre de Dios. Ven Marianka—añadió.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Marianka! Eh, Marianka!—exclamó el hermano de la muchacha dirigiéndose al grupo.—Madre te llama para cenar.

—Voy enseguida—respondió ella.—Ve sólo, querido; yo iré al momento.

Lukachka púsose en pie y se descubrió.

—Veo que lo mejor será que me vaya á casa—dijo aparentando calma, y luego, mirando á Marianka y siempre sonriendo, se marchó y desapareció tras de la esquina.



La noche se extendía por la *stanitza*. Las estrellas resplandecían mostrándose á intervalos por entre el sombrío espacio. Las calles aparecían oscuras y desiertas. Nazarka se quedó en el terraplén con las jóvenes del grupo, que reían desaforadamente, y Lukachka alejóse con paso lento, como un gato en medio de la tranquilidad de la noche y luego, cautelosamente sujetó el puñal que se balanceaba en su cintura, se inclinó y echó á correr, no hacía su casa, sino en dirección de la cabaña del corneta. Después de atravesar dos calles y entrado en un callejón, sentóse en tierra á la sombra de una tapia.

«Diablo! Ella es orgullosa y no quiere acceder á mis ruegos! Espera un poco»—se dijo, pensando en Marianka.

Aquel soliloquio fué interrumpido por ruido de pasos menudos, como de mujer, que cada vez se oían más cerca. Escuchó atentamente y sonrió.

Marianka con la cabeza baja se dirigía hacia él en precipitada marcha, golpeando la cerca con una varita que llevaba en la mano. Lukachka se incorporó y al verle Marianka tembló y rápidamente interrumpió su marcha.

—Eres tú, maldito demonio? Me has asustado! Pero, no fuiste á tu casa?—dijo ella echándose á reír como repuesta de la impresión que el encuentro le había causado.

Lukachka la cogió por el talle con una mano, mientras con la otra le tapaba los ojos.

—Tengo que hablarte... espera, te lo suplico!—dijo con la voz entrecortada por la emoción.

—Qué tienes que decirme á estas horas?—repuso Marianka.—Mi madre me espera y tú vete á casa de tu *amiga*—y echó á correr desasiéndose de las manos de Lukachka.

Cuando hubo llegado á la cerca de su casa, la joven se volvió hacia el cosaco que marchaba tras ella reiterando su súplica de que permaneciera á su lado todavía un momento.

—Qué me quieres decir, ave nocturna?—dijo soltando una carcajada.

—No te burles de mí, Marianka! te lo suplico! Qué importa que tenga una querida? Vaya enhoramala. Una sola palabra y soy tu esclavo, viviré para amarte y haré cuánto me ordenes. Mira!—é hizo sonar el dinero que tenía en el bolsillo.—Ahora podremos vivir. Todos son dichosos, y yo no he de tener alguna alegría? Dí, Marianka!

La muchacha no respondió; permanecía en pie rompiendo con

sus dedos de nieve la varita verde con que se entretuvo en el camino y dejándola caer al suelo en diminutos pedazos.

Lukachka apretó los dientes y cerró los puños como fuera de sí.

—Siempre esperar, siempre esperar! acaso no te adoro, mi vida? Haz de mí cuanto quieras—dijo expresando su rostro la rabia que sentía ante la casi indiferencia de Marianka, y le cogió las manos.

Ella, sin reflejar en su exterior emoción alguna, con voz tranquila, sin retirar las manos y sin pretender separarse del cosaco, respondió:

—No seas charlatán, Lukachka, y escucha mis palabras: Aunque soltera, no dependo de mí, te enteras? y si me quieres como dices, oye lo que voy á decirte: Suéltame las manos, y te diré que me casaré contigo; pero antes no obtendrás de mí el favor más insignificante.

—Qué dices, te casarás conmigo? El matrimonio no está en nuestro poder. Tú me quieres, Marianka!... —dijo Lukachka con los ojos fijos en los de la joven, con dulce y tierna sumisión.

Marianka le abrazó fuertemente y le besó en la boca.

—Mi bien!—murmuró todavía abrazada con él. Bruscamente se separó y huyó sin volver la cabeza mientras franqueaba la puerta de su casa.

No obstante las súplicas del cosaco que le pedía esperase un poco y escuchara lo que le quería decir, Marianka no se detuvo.





—Márchate, que nos van á ver—dijo ella.—Ese diablo, nuestro alojado, se pasea por el corral.

«Sí, la hija del corneta se casará conmigo, pero antes ha de ser mía!» murmuró Lukachka.

Y se marchó á encontrar á Nazarka en casa de lamka, donde estuvieron de juerga, yéndose luego á ver á Demiachka, no obstante la infidelidad de la moza.



## XIV

### Erochka y Olenín

EN efecto; Olenín andaba por el corral en el momento mismo en que Marianka entraba en su casa, y le había oído decir: «Ese demonio, nuestro huésped, se pasea por el corral». Había pasado toda la tarde en compañía de Erochka junto á la ventana de su alojamiento. Allí se hizo traer la mesa, el servicio de fumar, vino y bujías, y tomando té mientras fumaban, escuchó las historias del viejo que estaba sentado casi á sus pies. Apesar de que el viento no se agitaba, la candela se fundía y la llama vacilaba, iluminando ya la ventana ó la mesa, ya la vajilla ó la blanca cabeza recién afeitada del anciano. Las mariposas nocturnas revoloteaban, sacudiendo el polvo de plata que encerraban en sus alas girando ora enderredor de la mesa ó de los vasos, ora también entorno de la llama ó desapareciendo en el espacio sombrío del exterior. Olenín se bebió con Erochka cinco botellas de vino, puesto que cada vez que el viejo llenaba los vasos, ofrecía uno al alférez para chocar con él y reanudar la charla. Hablaba de los antiguos cosacos; de su padre el *Largo*, como le llamaban en la *stanitza*, que solo se cargaba á la espalda un jabalí de diez *puds* (1) y se bebía sin interrupción dos jarros de vino. Recordando sus buenos tiempos, habló de su novia Guirtchik, con la cual había enviado, durante la

(1) El *pud* vale aproximadamente unos 16 kilogramos.



peste, muchos *burkas* al otro lado del Terek. Tampoco olvidó á su querida, que le seguía por las noches al cordón. Contó sus exploraciones de un día de caza, en que mató dos ciervos, y todo ello con tanta elocuencia, tan bien pintado, que Olenín no sentía el transcurso del tiempo.

—Así es, querido,—decía Erochka.—Qué lástima no me conocieses en mis buenos tiempos! Te lo hubiera enseñado todo. Hoy el abuelo ha apagado ya el fuego con que en otro tiempo hizo tanto ruido en el regimiento. Quién tiene el mejor caballo? Quién el sable de Gurda? Con quién se puede ir á beber? Con quién ir á pasar una noche de jolgorio? A quién enviar para matar á Akhmet-Khan que campea tras las montañas? Siempre Erochka. A quién obsequian las muchachas? Siempre á Erochka: porque yo era un verdadero cosaco; borracho, ladrón de todo, de rebaños, de caballos en la montaña, de mujeres, gran cantador y bueno para todo. Ahora ya no hay cosacos de mi temple. Da lástima verlos. Están á la altura del suelo. Usan botas ridículas y mirárselas sin cesar es su solo placer. Si se enfadan, no lo hacen como hombres sino como mujerzuelas. Y yo, quién era? Era Erochka, el ladrón conocido no sólo en la *stanitza*, sino también en las montañas. Los tártaros, como tártaros; armenios, como armenios; soldados, como soldados; oficiales, como oficiales, para mí iguales eran todos con tal que les gustase la bebida. Me dicen: «Debes purificarte de esa comunión con todo el mundo... No bebas con los soldados, ni comas con los tártaros».

—Quién dice eso?—preguntó Olenín.

—Nuestros sabios. Por otra parte, escucha á los Kadias tártaros y les oirás decir: «Son grandes infieles los que comen cerdo». Cada uno se atiene á su religión. Pero yo no hago caso. Dios lo hizo todo para alegría del hombre. Nada es pecado. Las bestias, por ejemplo, habitan los cañaverales tártaros lo mismo que los nuestros; vayan donde quieran, Dios les da habitación y comida. Y los nuestros dicen que si les imitamos serviremos de leña para atizar el fuego del infierno. Yo creo que todo eso son mentiras,—añadió tras una breve pausa.

—Qué es mentira?—preguntó Olenín.

—Lo que dicen los sabios. Mi padre tenía en el pueblo, en Tchetchanaia, un jefe que era valiente como yo é íntimo amigo mío. Matáronle en el Tchetchnia. Aquel hombre decía que los sabios inventan todo eso que sale de su cabeza. Cuando mueras—decía—crecerá la hierba sobre tu tumba y eso es todo.—El viejo se echó á reír. Era un ateo!

—Y qué edad tienes?—preguntó Olenín.

—Dios lo sabe!... setenta años aproximadamente. Cuando en tu país mandaba la reina ya no era yo chiquillo. Calcula si hace años... Resultan setenta?

—Sí, poco más ó menos. Y te conservas bien todavía!

—A Dios gracias. Me conservo bien y con fuerzas; lo único que siento es que el otro día una bruja me echó la suerte...

—Y cómo?

—Pues así, echándola.

—Entonces, cuando mueras crecerá la hierba sobre tu fosa—repitió Olenín.

Erochka no quiso explicar su pensamiento y calló un momento, cambiando luego de conversación.

—Y tú, en qué piensas?... Bebe!—dijo sonriendo, y tendió al alférez un vaso de vino.





## XV

### Las ideas del viejo Erochka

PERO, de qué te hablaba?—continuó Erochka, parándose á recordar.—Ah... sí... Verás quien soy yo. Yo soy cazador. No le hubo mejor en todo el regimiento. Te descubro á cualquier animal, cualquier pájaro. Yo sé bien dónde se esconden. Tengo perros, dos escopetas, redes, lazos y un gavilán. Lo tengo todo, gracias á Dios... Descubro la pista, conozco por ella á la bestia y te digo dónde duerme, dónde bebe y dónde se revuelca. Me instalo bajo los árboles y en vez de dormir en mi casa, velo allí toda la noche... Quedarse en casa!... Es muy aburrido eso!... Y además, se peca tan fácilmente! Vienen las mujeres, las murmuraciones comienzan, gritan los chiquillos... Oh! no, no... Cuánto más hermoso es levantarse con el sol, escoger un buen sitio, romper un montón de cañas, echarse sobre ellas, como una persona decente, y esperar!... Desde allí, se sabe cuánto pasa en el interior del bosque. Si miras al cielo, las estrellas te dicen la hora que es; si vuelves la vista entorno siéntes de improviso que el follaje se agita y sin poderlo evitar exclamas: Ya está aquí! Es el jabalí que viene á refocilarse... Se oyen los agudos gritos de los aguiluchos, el cántico estridente de los gallos de la *stanitza* y el ronco alboroto de los patos. Si oyes á los patos, es que todavía no ha llegado la media noche. Yo sé bien todo esto... Si de pronto hiere mis oídos

un disparo de fusil, acuden á mi mente mil ideas encontradas y me pregunto: Quién habrá tirado? Será un cosaco, como yo, que acecha la pieza? La habrá matado? La habrá, tal vez, herido solamente y el pobrecito animal se desangrará en vano, revolcándose moribundo entre las cañas? Oh! no, no... Eso nunca lo hago! Por qué martirizarlas así? Imbécil, más que imbécil!... Luego pienso: Será algún abrek que ha asesinado á algún hermano mío? y todos estos pensamientos, en atropellada confusión, asaltan mi cerebro... Una vez, sentado junto al agua, ví balancearse sobre la superficie una ligera cuna... Me acerqué á mirarla y observé que estaba intacta; sus bordes, únicamente, estaban algo estropeados... De súbito, un torrente de pensamientos se apoderó de mí... De quién era aquella cuna? Probablemente—pensé enseguida—esos malditos soldados habrán caído sobre un pueblo, se habrán apoderado de las mujeres y uno cualquiera de ellos, un miserable, ha cogido á la pobre criatura por los pies y la ha estrellado contra la pared... Es que no lo hacen así, por ventura? Ay! Dios mío, hay gentes que no tienen corazón! Y tan fúnebres ideas asaltaban mi mente, que ya no veía sino la cuna que flota, la mujer deshonrada, una casa que el fuego devora y por último un cosaco con el fusil al hombro que pretende robarme. Sumido en esta meditación estaba cuando me pareció que una manada de jabalíes andaba por el bosque, y algo extraño me hizo estremecer. «Acercaos más que no perderéis el tiempo!»—pensé.—Escucho sin moverme y mi corazón latiendo cada vez con más violencia, como si quisiera quebrarse. Por el bosque avanzaba todo un rebaño. Digo «en el nombre del Padre, del Hijo...» y ya me disponía á tirar, cuando me quedo parado al oír que el jabalí madre decía á sus pequeñuelos: «Qué desgracia, hijos míos, aquí hay un hombre!» é inmediatamente se internaron en la maleza. Lleno de cólera me hubiera despedazado á mí mismo.

—Pero cómo pudo avisar el jabalí á sus hijuelos de que allí había un hombre?—preguntó Olenín.

—Y tú no crees que pudiera hacerlo? Piensas, acaso, que la bestia es tonta? No por cierto; es más inteligente que el hombre, aunque sea un jabalí. Todo lo sabe. El hombre, por ejemplo, sigue una pista y apenas presta atención á ciertos detalles, mientras que el jabalí huye tan pronto como encuentra el rastro más insignificante, porque éste posee inteligencia y tiene espíritu; tú no conoces tus pasos y él sí. Quieres matarlo y él desea vivir entre las enramadas del bosque; tú tienes una ley y él otra. Un jabalí no es de peor condición que la tuya. También es criatura de Dios. Ah!



qué bestia es el hombre, bestia, bestia!...—repitió varias veces el viejo y bajando la cabeza quedó pensativo.

También pensaba Olenín. Abandonó la habitación y con las manos atrás, paseábase por el patio sumido en meditación profunda.

Erochka, vuelto en sí, levantó la cabeza mirando insistentemente á las mariposas que giraban al rededor de la vacilante llama de la bujía, cayendo abrasadas sobre la mesa en la que estaba apoyado.

—Insensatas! Necias! Para qué voláis? Imbéciles! Imbéciles! —dijo. Y con su gruesa mano pretendía cogerlas en el aire.

—Vais á quemaros, encanto de la naturaleza. Venid, aquí hay espacio donde volar sin peligro,—añadió procurando aprisionarlas entre sus dedos para que luego en libertad volaran por la habitación.—Os quemáis y me da lástima.

Así permaneció largo rato charlando solo y bebiéndose otra botella. Olenín iba y venía de la sala al corral sin que nada pudiera sacarle de su ensimismamiento. Conteniendo la respiración involuntariamente, oyó una risa de mujer, la voz de un hombre y el chasquido de un beso. Con ánimo de conocer lo que todo aquello significaba, deslizóse sobre el césped y llegó al otro lado del corral, pero seguidamente crugió la empalizada que cedió ante el fuerte empujón de un fornido cosaco vestido de caftán oscuro y gorro blanco, y una mujer de esbelto talle, cubiertos los hombros con un pañuelo, pasó por delante mismo de Olenín. «Ni tú conmigo ni yo contigo hemos de hacer nada», parecía decir Marianka con la resuelta altivez con que seguía su marcha. Siguióla Olenín con la vista hasta la entrada de la cabaña y todavía pudo observar por la ventana que la joven tiraba su pañuelo y se sentaba sobre un banco. De pronto, en medio de la soledad sintió que un deseo oculto, desesperación vaga, celos insensatos le amargaban el alma y corrió ansioso en busca de Erochka.

La última luz de las cabañas se había apagado. En la *stanitza* extinguíanse los últimos rumores; el ramaje de las cercas, el ganado de los corrales, los tejados de las casas, los plátanos grandiosos, todo dormía con sueño santo, tranquilo, reparador. Solamente los gritos agudos y continuados de las ranas en los estanques, llegaban lejanas al oído atento. En Oriente, las estrellas desaparecían como si se fundiesen en la luz que comenzaba á iluminar la aldea, pareciendo más altas y unidas entre sí al mirarlas en el momento mismo de pasar por debajo de ellas. El viejo dormitaba con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa. Cantaba el gallo en el corral vecino, y Olenín, entristecido

paseaba, paseaba sin cesar, agitándose violentamente. El eco de voces que entonaban una romanza llegó hasta él y aproximándose á la ventana escuchó. Los cosacos con voz clara entonaban juntos una canción alegre, pero entre ellos había uno que dominaba á todos.

—Sabes quién canta?—exclamó el anciano al despertarse.—Lukachka, el cosaco. Ha matado un thetchenze y lo celebra. Y por qué se alegra el insensato?...

—Y á tí,—le interrumpió Olenín—también te ha tocado matar á muchos hombres?

De un salto se incorporó Erochka y miró fijamente á Olenín.

—Diablo!—exclamó.—A qué viene esa pregunta? De eso no se habla. Es muy difícil condenar un alma, pero muy difícil! Adiós, padrecito: me cansa la silla y estoy borracho,—añadió disponiéndose á marchar.—Quieres que venga mañana para irnos de caza?

—Ven, si quieres.

—Cuidado, eh! Levántate temprano, porque de lo contrario habrá multa.

—No tengas miedo; me levantaré antes que tú,—respondió Olenín.

Salió el viejo, calló la canción; oyéronse pasos y una conversación alegre. Poco después la canción se volvió á oír, pero más lejana, y la vibrante voz de Lukachka uníase como antes á las otras. «Qué hombres, qué vida!»—pensó Olenín dejando escapar un suspiro, mientras penetraba por la puerta de la cabaña.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO